

en una dehesa. <sup>(1)</sup> También nuestro Schiller, que verdaderamente no tenía necesidad de acudir á tales singularidades para llamar la atención, creyó que debía hacer algunas concesiones á estas ideas. Por eso dice: «En el Paraíso el hombre habría sido el animal más feliz y más inteligente; habría permanecido eternamente niño; pero tuvo otro destino, el ser creador de su propia felicidad. Del Paraíso de la inocencia, de la ignorancia y de la servidumbre, debía llegar al de la libertad y del conocimiento de las cosas. La llamada desobediencia al mandato de Dios es el primer paso de actividad propia que se haya atrevido á dar, el primer movimiento de su razón, el comienzo de su existencia moral, y sin duda el mayor y más feliz acontecimiento de la historia humana. De aquel momento data su libertad; el filósofo debe felicitar á la humanidad por ello». <sup>(2)</sup>

**9. Juicio acerca del pecado.**—Hemos concluído. Nos hemos confiado á la dirección del espíritu del mundo, y ¿á dónde hemos llegado? Nietzsche nos lo dice exactamente: «Estamos mucho más allá del bien y del mal. Hemos estudiado el mundo, y hemos aprendido á conocer un espíritu que odia al bien, y deja detrás de sí todo lo que el ordinario lenguaje humano designa con el nombre de mal».

Detestable es el camino por que hemos pasado, pero esperamos que nos será útil. Hemos podido echar una mirada á las doctrinas de las llamadas civilización y cultura humanistas; hemos visto cómo se han desenvuelto en su alejamiento y en su hostilidad al Cristianismo. Esa ojeada ha producido en nosotros una impresión de horror; pero hemos comprobado por nosotros mismos que la negación de la doctrina cristiana acerca del pecado, es la ruina y hasta la muerte de toda verdadera humanidad.

Nos hemos curado del temor supersticioso que inspiran

(1) Daub, *Philos. Anthropologie*, 232: *System der theol. Moral*, II, 2, 227 (En Jul. Müller, *loc. cit.*, II, 243).

(2) Schiller, *Etwas über das erste Menschengeschlecht* (1836), X, 443 y siguientes.

los corifeos de la educación moderna, de que se nos imbuje en la escuela, pues encontramos que al mejor de ellos se le puede aplicar la sátira del poeta: «Llena un tomo de versos, en que el pecado rima con la virtud». <sup>(1)</sup>

Sí, de ser sinceros, no podremos menos de confesar que hemos formado bastante mediano concepto de toda la civilización humana tan alabada hoy, y que no hallamos demasiado fuertes los términos de que se vale Giusti para hablar de nuestro tiempo: «Siglo anfibio, demasiado débil para ser bueno ó malo, que admira á Mahoma y adora á Cristo». <sup>(2)</sup>

Todo esto, sin embargo, no es más que accesorio; el fin que perseguíamos era otro: queríamos aprender á conocer qué hay del pecado. Si hubiéramos invocado el ascetismo ó la teología, probablemente no se nos habría permitido seguir hablando; se nos habría interrumpido diciendo: ¡Mirad el capuchino! Hace mucho que le conocemos por Wallenstein y Cochem. ¡Ojalá que conocierais á Cochem! Pero hemos dejado que hablasen los capuchinos del Humanismo, los fundadores de las escuelas griegas, los príncipes de la literatura moderna, los conferenciantes, y ¿cuál ha sido el resultado?

Si hubiéramos reclamado el concurso de todos nuestros capuchinos y de todos nuestros misioneros, ciertamente no nos habrían ofrecido otra cosa que lo escuchado aquí: la antigua é inmutable doctrina de nuestra Revelación. Pero tal vez habrían vacilado en hacerlo en términos tan fuertes y categóricos como aquéllos mediante los cuales acabamos de aprenderlo por boca de la gente más instruída.

Se dice que nuestros capuchinos son especialmente reprehensibles por describir el pecado en términos abominables, con todas las invenciones de una fantasía corrompida. Pero, ¿acaso se vió á ninguno de ellos presentar el mal con tan horribles caracteres como lo hacen nuestros filósofos y nuestros poetas insignes?

(1) Giusti, *Gedichte* (P. Heyse, 121).

(2) *Ibid.*, 93 y sig.

Se nos reprocha á los cristianos haber exagerado el pecado y hablar de él como del mayor crimen; pero si hubiéramos hecho que hablase aquí uno de nuestros predicadores, exhortando á la penitencia, no creemos que hubiera dicho tan crudamente lo que hemos aprendido de lo más escogido entre nuestros sabios. El pecado es desobediencia, rebelión, crimen de lesa majestad contra Dios. El pecado es lo más horrible, lo más monstruoso que haya; el pecado hace en el hombre tales estragos, que ninguna palabra humana serviría para expresarlos.

Y bien, pecadores todos lo somos, y todos compareceremos ante el tribunal de Dios; cómo allí serán apreciados nuestros actos, queda á elección de cada uno de nosotros. Si alguien se aparta de Dios negando su ley, puede hacerlo, y el juez le juzgará por sus propias palabras. <sup>(1)</sup> Pero desgraciado del hombre si es juzgado según todo el rigor de sus principios, si le es imputado el mal como el mundo lo concibe y lo practica, es decir, como una ocasión bien acogida para mostrar hasta donde puede llegar la arrogancia humana contra Dios.

En ese caso, preferimos vivir conforme á la suave ley de Dios, hacer juzgar nuestros extravíos según la sabiduría de su ley, hacernos juzgar un día según su ley más humana. Á juicio de la ley divina, el pecado es ciertamente un gran crimen y el más grave de los males; sin embargo, las consideraciones debidas á la debilidad del hombre y á la facilidad de caer en el error, disminuyen su gravedad á los ojos de Dios. Si el hombre confiesa que el pecado es una debilidad humana y un extravío, su juicio será mucho menos severo, y la falta le será fácilmente perdonada. Más vale caer en manos de Dios que en las del hombre. <sup>(2)</sup>

(1) Luc., XIX, 22.

(2) II Reg., XXIV, 14.

## CONFERENCIA XI

### EL PECADO COMO GENIALIDAD

1. **El culto del genio. Sus bases morales.**—Hay en la mitad última del siglo XIX dos cosas que llamarán de un modo muy especial la atención del futuro historiador de la civilización; serán los numerosos centenarios que se celebraron, como si tan sólo se hubiera vivido en el pasado, y no se tuviera esperanza en el porvenir, y el prodigioso número de hombres ilustres ó de genios á quienes se glorificó, y de los cuales hará mucho tiempo entonces que no hablará nadie ya.

La historia no los considerará como honra de nuestra época; al contrario. Lo mismo que hoy, con espíritu imparcial respecto á los siglos pasados, encontramos comprensible que Alcibiades, Nerón, Voltaire, Rousseau, Mirabeau, hayan podido ser tan populares en Atenas, en Roma, en la Francia revolucionaria; así el porvenir juzgará la popularidad de Garibaldi, de Mazzini, de Kossuth, y la admiración que se ha tenido por Goethe y tantas otras celebridades. Eran, se dirá, hombres en quienes una generación decadente hallaba encarnadas sus más asombrosas cualidades. Se dará la razón á Nordau, y se juzgará, ó mejor, se condenará el ciego culto del genio como signo de degeneración moral.

Y tanto más sucederá así, cuanto que nosotros dejamos á esos genios cometer violaciones de toda especie contra la moral privada y el derecho público, los admiramos en silencio cuando audazmente atropellan la disciplina y el pudor, decimos en alta voz que es necesario distinguir